



## **VISITA DEL SUMO PONTÍFICE PABLO VI A LA ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS**

### **DISCURSO A LOS REPRESENTANTES DE LOS ESTADOS**

*4 de octubre de 1965*

#### ***Parte 01***

1. En el momento de tomar la palabra ante este auditorio único en el mundo, queremos expresar ante todo nuestra profunda gratitud a U Thant, vuestro secretario general, que ha tenido a bien invitarnos a visitar las Naciones Unidas con ocasión del vigésimo aniversario de esta organización mundial para la paz y la colaboración entre los pueblos e toda la tierra.

Damos las gracias igualmente al presidente de la Asamblea, señor Amintore Fanfani, quien, desde el día en que asumió el cargo, ha tenido para nosotros palabras tan amables.

Damos las gracias a todos los presentes por su afable acogida. A cada uno de vosotros presentamos nuestro saludo cordial y deferente.

Vuestra amistad nos ha invitado y nos admite a esta reunión; nos presentamos ante vosotros en calidad de amigo.

Además de nuestro homenaje personal, os traemos el del Segundo Concilio Ecuménico del Vaticano, reunido actualmente en Roma, y del cual son representantes eminentes los cardenales que nos acompañan.

En su nombre, como en el nuestro os deseamos a todos honor y salud.

Esta reunión, como bien comprendéis todos, reviste doble carácter: está investida a la vez de sencillez y de grandeza. De sencillez, pues quien os habla es un hombre como vosotros; es vuestro hermano, y hasta uno de los más pequeños de entre vosotros, que representáis Estados soberanos, puesto que sólo está investido —si os place, consideradnos desde ese punto de vista— de una soberanía temporal minúscula y casi simbólica el mínimo necesario para estar en libertad de ejercer su misión espiritual y asegurar a quienes tratan con él, que es independiente de toda soberanía de este mundo. No tiene ningún poder temporal, ninguna ambición de entrar en competencia con vosotros. De hecho, no tenemos nada que pedir, ninguna cuestión que plantear; a lo sumo, un deseo que formular, un permiso que solicitar: el de poder servirlos en lo que esté a nuestro alcance, con desinterés, humildad y amor.

2. Esa es la primera declaración que queremos hacer. Como veis, es tan simple que puede parecer insignificante para esta Asamblea, habituada a tratar asuntos extremadamente importantes y graves. Y sin embargo, nosotros os lo decimos y todos





vosotros lo sentís: este momento está lleno de una singular grandeza: es grande para nosotros, es grande para vosotros.

Para nosotros ante todo, ¡oh! sabéis bien quién somos. Y cualquiera que sea vuestra opinión sobre el Pontífice de Roma, conocéis nuestra misión: traemos un mensaje para toda la humanidad. Y lo hacemos no sólo en nuestro nombre personal y en nombre de la gran familia católica, sino también en nombre de los hermanos cristianos que comparten los sentimientos que nosotros expresamos aquí, y especialmente en nombre de quienes han tenido a bien encargarnos explícitamente de representarlos. Y así como el mensajero que al término de un largo viaje entrega la carta que le ha sido confiada así tenemos nosotros conciencia de vivir el instante privilegiado —por breve que sea— en que se cumple un anhelo que llevamos en el corazón desde hace casi veinte siglos. Sí, os acordáis. Hace mucho tiempo que llevamos con nosotros una larga historia; celebramos aquí el epílogo de un laborioso peregrinaje en busca de un coloquio con el mundo entero, desde el día en que nos fue encomendado: «Id, propagad la buena Nueva a todas las naciones!» (Mt 28, 19). Ahora bien, vosotros representáis a todas las naciones.

Permitidnos deciros que tenemos para todos vosotros un mensaje. Sí, un feliz mensaje que transmitir a cada uno de vosotros.

3. Nuestro mensaje desea ser ante todo una ratificación moral y solemne de esta augusta Organización. Este mensaje nace de nuestra experiencia histórica. Es como "experto en humanidad" que aportamos a esta Organización el sufragio de nuestros últimos predecesores el de todo el episcopado católico y el nuestro, convencidos como estamos de que esta Organización representa el camino obligado de la civilización moderna y de la paz mundial.

Al decir esto tenemos conciencia de hacer nuestra tanto la voz de los muertos como la de los vivos; de los muertos, caídos en las terribles guerras del pasado soñando en la concordia y la paz del mundo; de los vivos que han sobrevivido a ellas que condenan de antemano en sus corazones a quienes intentan renovarlas; de otros vivos, además: las generaciones jóvenes de nuestros días que avanzan confiadas, esperando con justo derecho una humanidad mejor.

Hacemos nuestra también la voz de los pobres, de los desheredados, de los desventurados, de quienes aspiran a la justicia, a la dignidad de vivir, a la libertad, al bienestar y al progreso.

Los pueblos se vuelven a las Naciones Unidas como hacia la última esperanza de concordia y paz; nos atrevemos a traer aquí, con el nuestro, su tributo de honor y esperanza, y es por eso que este momento es también grandioso para vosotros.

*(...Continúa en Parte 02...)*

